

editorial**fo**c

En Editorial Foc nos mueve la convicción de que la literatura sólo sucede contigo, así que queremos agradecerte que hayas decidido compartir tu tiempo de lectura con nosotros. Deseamos que encuentres en esta obra todo aquello que nos impulsó a editarla y que, cuando llegue la última página, te apetezca recomendarla y saber más de nosotros y nuestros títulos. Te esperamos en [www.editorialfoc.me](http://www.editorialfoc.me). Gracias por leer.

Por lo demás nos reservamos todos los derechos y prohibimos cualquier tipo de reproducción, completa o parcial, de la obra sin la autorización de los titulares del copyright que, con mucho gusto, te contestarán en [info@editorialfoc.me](mailto:info@editorialfoc.me).

ISBN: 978-84-15634- 33-1

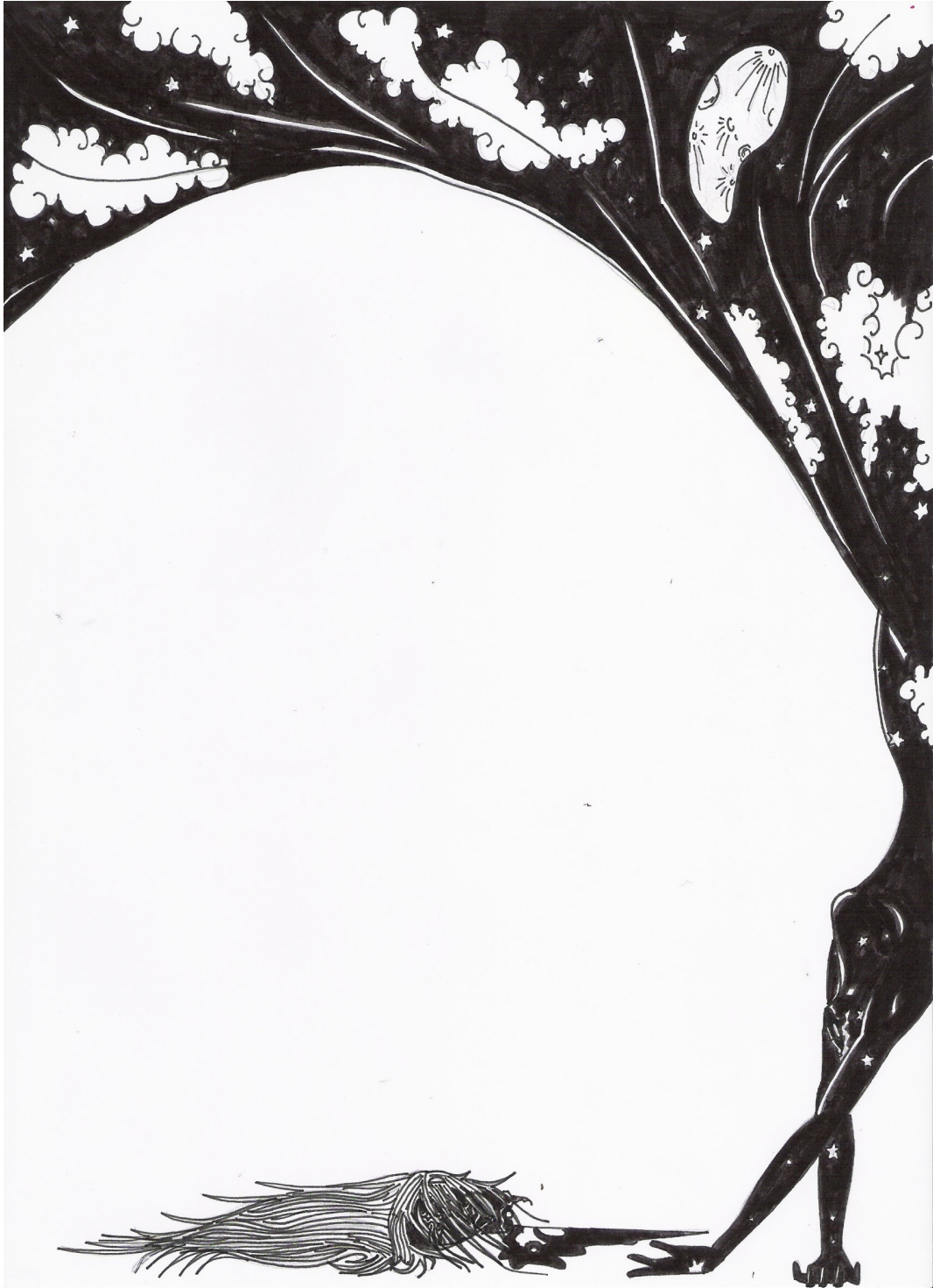
© Fernando Yacamán, 2014

© Editorial Foc S.L, 2014

Diseño de Cubierta: Ánuar Zuñiga Naime

# **Ya quiero despertar**

**Fernando Yacamán Neri**



## **Rompen las olas**

### **La noche.**

Hemos dejado las botellas vacías, nuestros gestos se tornan torpes y las palabras nos dan risa. Volteamos al mar y juramos que la brisa son suspiros de un hombre que siente el dolor más profundo y la arena adherida a nuestros cuerpos son trizas de sus memorias que brillan. La música no para de sonar y cantamos fuerte porque cada canción revuelve nuestras entrañas; así pasamos la noche, perdidos en un extraño infinito.

### **El amanecer.**

Al abrir los ojos siento presión sobre mi cuerpo. Al moverme, mi cabeza emerge de la arena y en el estéreo suena una canción que no había escuchado. Veo los fragmentos que han quedado de nuestra noche. Mis amigos, perdidos en el sueño más profundo; acabaron tumbados en posiciones incómodas, pero supongo deben tener un sueño agradable porque roncan fuerte. Al ponerme en pie, cae arena, como lágrimas.

Mis pies a cada paso dejan huellas sobre la arena. Decido seguir un camino que grabó una tortuga al salir del mar a desovar; me lleva hasta la orilla del océano, justo en el momento en que el sol comienza a ascender.

El mar y yo. Nadie más. Contemplo cómo el sol pinta sombras en la inmensidad, los cangrejos emergen de la arena y las aves en el cielo son destello de la más pura libertad y yo entierro mis pies para asegurarme de ser un elemento más de la escena o de la pintura que alguien debe estar por crear.

Frente a mí aparece un hombre de unos cuarenta años, su larga barba escurre agua, su pecho brilla con los rayos del amanecer. Muertos se cuelgan en su cuerpo, en su rostro y hacen más evidentes sus arrugas. Él se jala los cabellos,

se revuelca en la arena y grita su dolor. Su locura es extraña danza; mueve su cuerpo, imita el movimiento de las olas del mar, parece que convulsiona, se agita como si los rayos del sol sacudieran sus venas. Hace gestos bizarros, mientras mueve las manos y las piernas con velocidad y cadencia. Los muertos se escabullen por su boca. Supongo debe ser el loco del puerto, el sucio, al que el mundo le da la espalda, el que jura que dialoga con Dios.

Nuestras miradas se encuentran y mi cuerpo es golpeado por adrenalina que me provoca querer tocarlo, que despierta mis ansias de respirar a lo que huele su piel, de morder su barbilla y su pecho. Nuestros ojos son el choque de dos océanos. El loco sonrío y se echa a correr en esta tierra de nadie y corro tras de él. Meto mis pies en las huellas que deja en la arena. El sol cada vez sube más y siento calor envolver mi cuerpo. Creo que el loco debe llamarse Ignacio 'Nacido del fuego', y creo estar en lo correcto, sus pisadas destellan luz. Corro con la fuerza que emerge del centro de mi ser. Las palmeras parecen llamaradas nacidas de la tierra, las nubes fuego, la arena se calienta y cobra vida. Seguramente si alguien nos observa sólo ve dos luces. Al voltear y ver nuestras pisadas me parecen huellas de un animal.

### **Del otro lado.**

Llegamos al límite de la playa, veo que intentas escalar un muro mano tras mano. Tu cuerpo se agita, tus músculos se marcan y yo comienzo a hacer lo mismo; quizás ahora somos arañas, o gatos rabiosos que intentan alcanzar la cumbre. Un paso en falso sería la muerte. Llegas primero, desde lo alto me sonrías y desapareces. Cuando al fin llego, del otro lado del muro descubro un lugar secreto, una playa con un tumulto de hombres desnudos. Algunos miran al horizonte, otros acostados sobre la arena se besan y toman cerveza.

También hay hombres que están dentro del mar; más de uno, ante la furia del oleaje, llega a la orilla con las piernas y los brazos extendidos. Otros permanecen tirados como si estuvieran rendidos ante el impresionante paisaje.

Hombres de diferentes estaturas y complexiones, pero todos tatuados por los rayos del sol, que ya alcanzó su punto más alto. Pierdo el tiempo al hablar con extraños, ellos juran jamás haberte visto.

Mis ojos en alerta constante han comenzado a cansarse. La playa está cercada por rocas, tu único camino para escapar sería el mar. El sol inicia su descenso, es justo el momento en que a todos los hombres les corroe la euforia, como si hubieran ganado una batalla. ¡Victoria! Nuestros cuerpos se difuminan en sombras, los rostros se pierden lentamente en las tinieblas. Siento manos que jalan mis brazos, labios que intentan besarme, y yo los empujo. ¡Sólo te deseo a ti! Escucho gemidos, la gran orgía ha comenzado. El sol está a punto de ocultarse. La desesperación se apodera de mí y me muerdo los labios.

Me aparto de los hombres y me arrimo al mar, decido recargarme sobre unas rocas. Diviso el horizonte, pronto acabaremos en la más profunda oscuridad. Fijo mi vista en las rocas y descubro un hueco que por momentos destella luz y veo que hay una cueva en la que te ocultas, en la que entro y me recibes:

—¿Ya te diste cuenta? La gente llega hecha pedazos en cada ola.

La marea ha subido, las olas penetran y mojan nuestros pies. Aunque escucho el ruido de los hombres, siento que estamos lejos de todo, que éste es un lugar del mundo que ahora nos pertenece. Y al fin, mis brazos te envuelven la espalda, tu pecho retumba contra el mío, siento que por mi boca se me escapa el alma, tu saliva enciende mi piel, con tu mano aprietas mi sexo y es cuando confiesas, quedito a mi oído, que eres un elegido y te alimentas de sangre. Que estás condenado a ser una enorme boca, unos labios gigantes que chupan humanos, borrachos o desprevenidos ante el asombro del mar: personas que se adentran en él hasta encontrar su muerte. Agarras mi cabeza con tus dos manos:

—Abrázame más fuerte. ¿Te sientes más cerca de morir? Esto no es parecido a un encuentro con cualquier extraño, ni al deseo animal que consume a los hombres que están allá afuera. No es igual porque ellos sólo juegan con enfermedades y culpas morales. Yo soy un mito. ¿Quieres llegar hasta el límite?

¿Sentir adrenalina ante el peligro? ¡Bésame! Para que tal vez en el último instante, al sentirte amenazado, intentes salir como la bola de cobardes que están allá afuera, o para que no corras con la suerte de tus amigos; sí, ellos, que al no encontrarte te fueron a buscar. Ahora sus restos están en cada ola que revienta contra la orilla, son desecho, un granito más de arena de este mundo.

Y cuando miré la salida ya era muy tarde; en una ola entró el mar por nosotros.



## Alto contraste

Hombres con rostros corroídos por la furia. Imaginé recién se enteraron de la peor noticia o fue justo el momento de una decisión tomada, agarrar una pistola para cometer algún crimen. Todos con la noche adherida a sus cuerpos y la mirada fija y desafiante ante la cámara. Alrededor de ellos quedó latente la oscuridad, parece que fueron retratados en el abismo. Unos apretaban los puños, otros se agarraban el rostro o movían los brazos sin aparente dirección. Todos con las venas hinchadas y la boca abierta, seguramente se desgarraron la garganta al pegar el grito.

—¿Te gustan mis fotografías?

—Sí, todos son muy guapos.

—Todos ellos están muertos.

—¿Cómo?

—Están bajo tierra. No me mires así, yo no tengo la culpa de sus destinos. Me gustaría hacer contigo una sesión de fotos.

Dejé el trago sobre la mesa, ni pensé en buscar mi playera, me dirigí a la puerta y me agarraste el brazo.

—¿Por qué te vas? Si apenas nos estamos conociendo. Me gustaría mostrarte mi cuarto oscuro; ahí tengo más fotografías como las que te gustaron.

Me besaste tan violento que no pude resistir meter mis manos debajo de tu camisa; al levantarla descubrí una cicatriz en tu pecho, justo donde palpita el corazón. Al deslizar tus manos a mis nalgas, abrí lentamente los ojos; detrás de ti estaban los cuadros, los hombres parecían abrir más sus bocas y por un segundo escuché sus gritos. Te empujé y caíste sobre la duela, abrí la puerta y salí del departamento.

Al bajar las escaleras tus palabras hicieron eco por los pasillos: «Espera, tengo algo que confesarte». Llegué a la puerta principal del edificio y salí a la calle.

La ciudad estaba vacía; a pesar de la noche, los postes de luz alumbraban intensamente. Corrí con todas mis fuerzas. Al llegar a la esquina pasaron dos taxis, que ignoraron mi señal de a bordo. Al mirar atrás, te vi a lo lejos. Crucé la avenida. Al pasar tres cuadras te perdí de vista y me di cuenta de que había entrado en la colonia Guerrero. Las casas tenían ventanas enormes, parecían ojos que me observaban, el viento soplaba fuerte y sentí que la tierra temblaba, miré al cielo, la luna estaba llena y me pareció una enorme boca abierta. *¡Mierda! Este pendejo puso algo en mi bebida.* Respiré hondo. En la siguiente esquina caminaba un hombre, a unos cuantos pasos le hablé:

—Señor, alguien me sigue. ¿Podría ayudarme?

Cuando él se dio la vuelta y observó mi rostro, abrió la boca e intentó gritar, pero no podía. Las venas de su cuello se hinchaban y reventaron, la sangre salía a presión.

Me fui corriendo.

En la siguiente cuadra, en la esquina, una prostituta fumaba un cigarro.

—¡Oye! Necesito ayuda. ¿Cómo salgo de aquí?

Al mirarme a los ojos, abrió sus labios pintados de rojo y las venas alrededor de su cuello se hincharon como serpientes.

—¡Respira! ¿Qué te está pasando?

Ella apagó el cigarro en su lengua.

—¡Pinches drogadictos!

Le grité y seguí corriendo. La calle comenzó a desdibujarse, en un instante quedé atrapado en un callejón sin salida.

Tú apareciste caminando entre las luces que se desprendían de los postes.

—Te dije que quiero confesarte algo.

—¿Cómo llegaste hasta aquí? ¡No me importa lo que tengas que decirme, psicópata!

—Eso es de lo que quería hablarte. No soy lo que piensas. Si me interesas tanto es porque me gustas. Tus ojos tienen algo que me amarra.

—No mames.

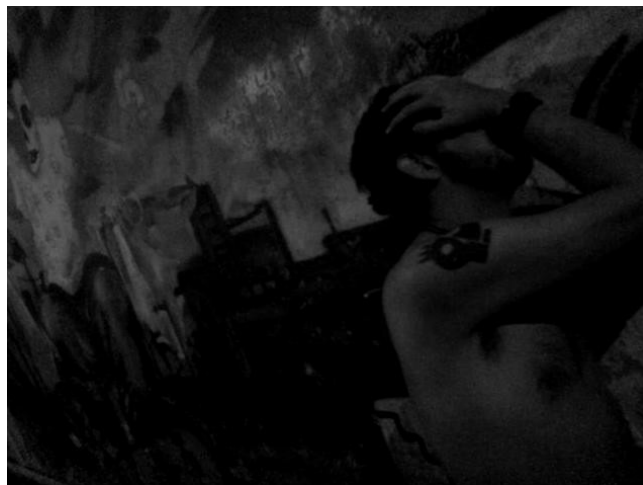
—Me gustas demasiado, quiero tenerte.

—¡No te acerques!

—Te quiero tener por siempre..

Apreté los puños, todo se arreglaría con una pelea.

De tu pantalón sacaste una pistola, apretaste el gatillo y grité con todas mis fuerzas. El *flash*, al disparar, cegó mis ojos.





## El Cerro de la Estrella

Ya estaba hasta mi madre, pero ¿quién no quiere un poquito más? Salí de la fiesta. Dando la vuelta en la esquina, el semáforo estaba en rojo. A mi lado se detuvo un coche jodido, adentro iban dos cabrones, nos miramos y bajaron el vidrio.

—¿A dónde vas?

Me subí al coche. El que iba de copiloto se bajó en chinga y se metió conmigo en la parte de atrás. Como una bestia me aventó contra la otra puerta. Le abrí la camisa de golpe para lamerle el pecho con abundante vello. El sudor y mi saliva hacían que sus pelos se escurrieran. Él abría las manos lo más que podía para agarrar lo que había. Nos besábamos y mordíamos. Lo empujé y le bajé el cierre, abrí mi boca lo más grande que pude. Cuando estaba a punto de sentarme encima de él, el que iba manejando se puso *punk*.

—Tranquilos, cabrones, no se traguen la carne enfrente de mí.

Entonces le dije:

—Está bien, pero entonces, ¿podemos cambiar la música? Las cumbias me ponen de malas.

—¿Pues qué quieres, papá?

Acerqué mi mano al estéreo, me tardé unos minutos en sintonizar mi estación favorita, mientras el otro cabrón agarraba mis nalgas. Me volví a desplomar en el asiento. La canción que transmitían me provocó ver las luces de la ciudad mucho más intensas, o no sé si fue una reacción de la tacha que me había tragado. El copiloto preguntó mi nombre.

—Me llamo Joel.

Fue mi primera mentira de la noche.

—Soy Joel, ¿y ustedes?

—Yo soy el Jaime y él es Jaramy.

—¿Y a qué se dedican?

—Yo trabajo en Telcel, no preguntes en qué, y él maneja una Micro. ¿Y tú?

—A putearle como Dios manda.

Los dos se echaron a reír y ya íbamos jijiji, jajaja, por los malos chistes que contaban. Pero igual no me libraba de las luces. Los semáforos me deslumbraban, los colores rojos me eran eternos. Creía que llevábamos horas de camino, ya no reconocía esa parte de la ciudad, parecía tierra de nadie.

—¿Por dónde andamos?

—Vamos a mi casa, te va a gustar pinche Joel.

—¿Y en dónde está?

—En el Cerro de la Estrella, en Iztapalacra.

A los pocos minutos llegamos a nuestro destino, una casa de un solo piso que se ubicaba justo en el límite del cerro; después de ella sólo había descampado. Al entrar había un montón de espejos colgados por todos lados, hasta en el techo, además de imágenes de San Juditas Tadeo y de la Virgen María.

—Entonces qué, pinche Jaramy, ¿eres de los que cada día veintiocho carga su San Juditas para llevarlo al templo?

Por las ventanas podía ver el campo virgen. El Jaramy puso su música mierdera, nos metimos a su cuarto, prendió la computadora. La primera imagen que apareció en el monitor fue la de un güey con una verga descomunal. Se tardó en abrir varios archivos, finalmente dejó correr videos porno, apagó las luces, se encendieron destellos rojos como si fuera un putero, abrimos las chelas, ellos

sacaron la piedra y mientras nos acariciábamos nos pusimos hasta el pito; bueno, ¿a quién no se le antoja un poco más? Nos quitamos la ropa poco a poco, mientras hablábamos de una manera única que me prendía bien cabrón. Cuando acabamos completamente desnudos, nos fuimos con todo a disfrutar nuestras carnes. Al cerrar los ojos seguía con la visión de las luces de los semáforos. De golpe se escuchó un ruido en la ventana que da al campo.

—No mames. ¿Qué fue eso?

—Tú tranquilito, papá.

Los brazos fuertes y peludos del microbusero me prendían un montón. El otro no estaba tan rico, pero su olor me excitaba. Además los dos tenían buena verga. Sus brazos subían y bajaban por todo mi cuerpo. De repente sentí algo que no era piel, ni pelos, era otra cosa. Cuando grité ellos se separaron, el Jaramy prendió la luz, encontramos una víbora que se metió por un hueco que había en la pared.

—Tranquilo, papá, es lo malo de vivir por acá, hasta la chingada, a cada rato se meten estas culeras. A mí me han mordido varias veces mientras duermo o cuando estoy aplastado viendo la televisión.

Me agarró un mal viaje, decidí largarme, me vestí en chinga, al tratar de abrir la puerta principal no pude, tenía seguro. Comencé a gritar, entre los dos me tiraron al piso, me hicieron lo que se les dio la gana, hasta que quedé inconsciente.

Cuando desperté me tragaba la oscuridad. Mi primera reacción fue gritar y sólo escuché mi eco. Me sentí en el fondo de un agujero. Al tocar mis piernas sentí cómo corría algo viscoso, me dolía mover el cuerpo y mi cabeza estallaba. La peor cruda de mi vida.

—Si me salvo, no vuelvo a hacer estas chingaderas.

Como pude me levanté. Escuchaba algo que se movía en la tierra,

seguramente eran serpientes. Con la fuerza que me quedaba me detenía en la pared, que al tocarla se desmoronaba; pensé que en cualquier momento ese lugar se me vendría encima. Mis gritos eran silencios. Cerraba los ojos y volvía a ver luz en rojo. Tocaba mis ojos, nunca los había sentido tan hinchados, al igual que mi boca. Me dolía el culo. Seguramente esos cabrones se dieron todo un festín y quién sabe a dónde fueron a tirarme.

Con mis débiles pasos sentí recorrer una eternidad. Desde las paredes sentía insectos que subían a mis manos, recorrían mi cuerpo y me mordían. Se me acababa el aire. Pensé que a como diera lugar debía tranquilizarme, que mi patética actitud me llevaría a la muerte. Con mis manos sacudía mi cuerpo, para tratar de quitar los bichos. Jamás había sentido mi cuerpo tan ultrajado, tan ajeno. Al cerrar los ojos veía sólo color rojo. La última vez que los abrí vi un destello; era fuego que se disipaba en el color negro. Pensé que ya valía madres, escuchaba una voz que repetía lo mismo en un idioma que no entendía y reía con todas mis fuerzas.

—¡Acábenme de matar, pinches degenerados!

El fuego se disolvió en una pequeña luz, y a paso lento la seguí. Sentí que había estado despierto demasiado tiempo, esa experiencia me valió vivir todas las noches del mundo. Finalmente llegué a la pequeña luz que provenía de un agujerito en la pared, ahí concluía el camino. Con la fuerza que me quedaba la empujé, poco a poco logré moverla y al hacerlo brotó más luz. Cuando el hueco fue lo suficientemente grande para que pudiera salir, la luz deslumbró mis ojos. Lentamente logré salir a la superficie y vi un montón de tumbas jodidas; la primera que registraron mis ojos fue una de color rosa.

Una vez afuera caminé entre las tumbas, llenas de latas con flores podridas; eran tantas que su olor me provocaba vómito. En mi andar me encontré a una señora que encendía veladoras en un nicho.



—Hijo, ¿qué te pasó? ¿Qué te hicieron?

—¿Dónde estoy?

—Pues ¿cómo que dónde estás? En el panteón Civil de Iztapalapa.

—¡Pinches pendejos!... Seguro que pensaron que estaba muerto y me aventaron aquí.

—¿Quiénes? ¿Qué te hicieron? ¿Dónde estabas?

—En el Cerro de la Estrella... ¿Cómo llego al centro de la ciudad?

—¿En el Cerro de la Estrella? Parece que acabas de salir por una de sus grutas.

—¿Cuáles grutas?

—¿Cómo que cuáles grutas? El Cerro de la Estrella está plagado de cuevas. Unos dicen que no tienen final, otros que ahí habita al diablo, otras personas aseguran que esos caminos te llevan hasta Cuautitlán Izcalli. Mira, mijo, yo nací aquí y lo único que te puedo asegurar es que muchos aventureros han perdido su vida ahí. El Cerro de la Estrella es una gran tumba. Pero en fin, son puros cuentos... ¿Quieres que te acompañe a tomar el camión?

—Me haría un gran favor...

No aguanté las ganas de chillar y abracé fuerte a la anciana. Creo que mis lágrimas la disolvieron; cuando reaccioné, me di cuenta de que abrazaba una tumba. Entonces caminé hasta encontrar la salida. Al llegar, me topé con una caseta, adentro de ella encontré a dos mujeres: una joven y una anciana que pintaba sus labios.

—Buenos días, señoras. ¿Podrían regalarme unas monedas para tomar un camión?

Como cuervos clavaron su mirada en mí.

—Achís, nosotras ¿por qué? ¿Qué tú no tienes?

—Es que... me acaban de asaltar y...

—Ash, a ver, Candelaria, ya dale cinco pesos a este pobre muchacho. Pero primero vete a lavar la cara y date una sacudidita que así ni te van a dejar subir.

Cuando subí a un microbús, respiré hondo, el chofer no era Jaime, era un güey pelado a casquete corto, lleno de tatuajes verdes, como si se los hubiera hecho con un alfiler y tinta china. El que más llamó mi atención fue uno que tenía en el brazo, que decía: «Cien por ciento chile mexicano», y al lado un intento de la Virgen María.

—¿Me dejas en el centro?

—Súbele ya.

El único asiento disponible se encontraba al final, me fui directo a él. En el trayecto sentí las miradas de todos los pasajeros. En un ratito se subieron un montón de personas. Yo me mantuve alerta de que ninguno de esos pasajeros fuera Jaime o el Jaramy. A mi lado se encontraba una mujer embarazada, con su pareja a su lado, y él sostenía un bebé entre sus brazos que olía a mierda. El chofer manejaba de la chingada, comencé a sentir mareos. El conductor en cada esquina se detenía porque encontraba a algunos conocidos y platicaba con ellos. En una de esas paradas, casi se embarra un tráiler por detrás. La embarazada me volteó a ver:

—Este güey se pasa de verga, ¿no? Casi nos mata el hijo de la chingada. ¡Oye, cabrón! No llevas ganado, bájale.

El microbús siguió su camino, y a cada rato ipinches semáforos mal sincronizados! El chofer se detuvo por centésima vez, esta vez al lado de otro microbús. El chofer de la otra unidad era el Jaime y alcancé a escuchar qué le dijo:

—Qué pedo, güey. ¿Cómo te fue ayer?

—A toda madre, piqué el culo de una vieja buenísima toda la noche.

—Órale, tú siempre tan cabrón. Pues nos vemos al rato en casa del Jaramy para que me cuentes los detalles.

—A huevo, güey.

En todo momento traté que el señor sentado junto a mí me cubriera, deseé con todas mis fuerzas convertirme en un duende, lo más pequeñito posible.

Desde esa vez jamás me he vuelto a llamar Joel, sólo acordarme del nombre me dan ganas de gritar. A veces cuando cierro los ojos veo el rojo destellante, siento las serpientes adheridas a mi cuerpo, las manos peludas del Jaime apretándome cada vez más fuerte, pitos rasgando mis entrañas, aún percibo el olor de flores podridas y por más que intento, no puedo dejar de sentir que en la primera tumba que vi, la rosa, quedó sepultada una parte de mi alma.



Trabajamos para traerte más obras y te esperamos en

[www.editorialfoc.me](http://www.editorialfoc.me)